

populares, tales como los de algunos sectores sindicalizados y de organizaciones de negros que luchaban por sus derechos civiles.

Luego de una etapa de presiones diplomáticas, amenazas de toda índole y sobre todo de un ejercicio brutal de acoso a España para que cediera en su pretensión de conservar Cuba y aceptara que Estados Unidos dominara una isla que consideraba esencial para su defensa estratégica, el Senado aprobó el 19 de abril de 1898 el reconocimiento de la independencia de Cuba y el uso de la fuerza —que era la razón principal de las pretensiones norteamericanas— para imponerla. Acorralada, agotadas todas las posibilidades dilatorias y, sobre todo, aislada diplomáticamente por una Europa resignada a la prepotencia imperialista de Estados Unidos, el 23 de ese mes España declaró la guerra y el 25 lo hizo Estados Unidos.

Pero después del triunfo norteamericano se supo que los Estados Unidos se apoderaban también de las Islas Filipinas y Hawai y que la contienda que había comenzado como una cruzada por la libertad de los cubanos revelaba la crudeza de la voluntad expansiva de los Estados Unidos: un fenómeno de ese imperialismo que fue denunciado de múltiples maneras tanto por motivos morales como políticos.

Se produjo un cambio notable en la opinión pública y el 15 de junio de 1898 se fundó en Boston la *Liga Anti-Imperialista*, entre cuyos partidarios estuvieron el expresidente Grover Cleveland, Andrew Carnegie, el sindicalista Samuel Gompers, los escritores William Dean Howells y Mark Twain y dos dirigentes del movimiento negro como Booker T. Washington y W.E.B. Dubois. La *Liga* se movilizó para impedir que el Senado aprobara el tratado firmado en París el 10 de diciembre de 1898 al finalizar la contienda, en razón de que extendía la soberanía de los Estados Unidos sobre las Islas Filipinas y negaba el principio de que los habitantes de un país debían ser independientes y elegir sus propios gobernantes.

Tengamos en cuenta que después de la Guerra Civil (1876) y en las últimas décadas del siglo XIX, los Estados Unidos experimentaron un extraordinario desarrollo económico con una gran transformación industrial y el consecuente crecimiento y complejidad de las clases sociales, las organizaciones políticas y sindicales. Del mismo modo, en la vida cultural se manifestaron nuevas tendencias científicas y literarias. Pero lo sustancial fue el surgimiento de un espíritu afirmativo que, a pesar de las crisis y los problemas, impulsaba al país en todas las direcciones: fueron los *años dorados*, como se dijo, a partir de los cuales se advertía que los Estados Unidos marchaban hacia el futuro con fuerza arrolladora.

Este crecimiento tumultuoso y contradictorio de la actividad económica, social y política, sin embargo, fue recibido en los ambientes intelectuales

con cierta aprensión y aun desconfianza. La era de progresos y triunfos materiales se correspondía con la *filosofía de la acción* implicada en el pragmatismo de William James y en la pedagogía experimentalista, utilitaria y práctica de John Dewey.

En otros círculos persistían el idealismo y el trascendentalismo de Emerson y los éxitos materiales no bastaban para acallar el espíritu de rebeldía y disenso tradicional en los Estados Unidos, como una manifestación del fondo religioso y ético que adopta formas diversas pero subsiste como una exigencia permanente del espíritu nacional. Esta pluralidad de reacciones que prueban la vitalidad del proceso de expansión nacional hacia el filo del 1900, se manifestó como un movimiento crítico en los círculos intelectuales más exclusivos, donde se había producido el refinamiento europeísta de la narrativa de Henry James y el conservadurismo de la ilustre familia de Brooks y Henry Adams⁵, con su rechazo del igualitarismo democrático y ahora del imperialismo que se revelaba en la política exterior.

José Manuel Allendesalazar, en su libro *El 98 de los americanos* (1974), que hemos utilizado extensamente en este trabajo, subraya la presencia de estos americanos independientes de los partidos políticos que ya desde la Guerra de Secesión testimoniaban su rechazo del exitismo utilitarista que predominaba en el ambiente social. Se los conocía por el curioso nombre de *mugwumps*, que en un dialecto de los pieles rojas quería decir caciques y entre ellos estaban un prusiano, Carl Schurz, el filósofo Williams James, hermano del novelista Henry y profesor de Harvard al igual que Charles Eliot Norton y Edwin Godkind, Edward Atkinson, millonario idealista y Charles Francis Adams, de la familia antes citada. Estos intelectuales gravitaban públicamente por su autoridad moral y, como señala este autor,

...eran tradicionalistas y conservadores y todos eran buenos patriotas que querían defender la prístina pureza original en que se basaba la grandeza del país. También eran todos hombres serios, profundamente aburridos y carentes del empuje necesario para 'vender' sus ideas al agitado público americano de los años dorados⁶.

Volvamos a los descontentos catedráticos de Harvard que reaccionaban contra el clima intelectual predominante: entre ellos también estaban Irving Babbitt (1865-1933) y Jorge Santayana (1863-1952). Babbitt pensaba que

⁵ Cfr. Enrique Zuleta Álvarez: «Henry Adams en el Novecientos norteamericano», en Actas de las 3a. Jornadas de investigación de la historia y la literatura rioplatense y de los Estados Unidos, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1968, 363-373.

⁶ Allendesalazar: Ob. cit., 231-233.

el positivismo y el pragmatismo eran insuficientes para lograr el ideal de armonía y equilibrio que sólo podía ser el resultado de una norma dictada por la razón natural, superior a los mitos y religiones y al hedonismo platonizante que también estaba en boga. Santayana, por su parte, profesó un idealismo que siempre aspiró a que se encarnara en la realidad histórica y social⁷.

Desde esta perspectiva todos disentían con la potente afirmación de la nueva Norteamérica, que finalizaba el siglo XIX con la intención de participar arrolladoramente en el mundo internacional. La guerra contra España en 1898, desde este ángulo, era más que la solución de un problema geopolítico: representaba una irrupción en la historia universal que ha logrado su culminación en los umbrales del año 2000.

Babbitt y España

En el marco de estos conflictos internacionales España se instaló en la atención de los intelectuales, hecho singular dentro de la tradicional indiferencia por el tema pero la distancia del mundo hispánico y las notorias oposiciones de ambas culturas impidieron que esta fugaz atención alcanzara un nivel más alto de comprensión.

Babbitt se oponía a muchos aspectos del pragmatismo político pero su idea de España era tan negativa como la del resto de los intelectuales. Conocía, en general, la cultura española, tenía dominio del castellano y en la década de 1880 hizo un viaje a pie por el campo y las ciudades españolas, lo cual le dio un cierto conocimiento del país y su gente, más allá de la información libresca. Aunque la consideración de la guerra no aparece en sus escritos, se debe anotar que en 1898 publicó, en la influyente revista de Boston, *The Atlantic Monthly*, un largo ensayo titulado *Lights and Shades of Spanish Character* que, a nuestro entender, es una toma de posición frente al país cuya imagen estaba en tela de juicio.

Sobre las huellas de clásicos viajeros ingleses por España, tales como Richard Ford (1796-1858) y George Borrow (1803-1881), Babbitt advertía la singularidad con que España admitía el orgullo por la mezcla racial y cultural de moros, orientales y europeos, del mismo modo que la variedad del carácter nacional gustaba de la paradoja y la antítesis. En esa tierra de

⁷ *Me he ocupado de ambas personalidades en dos trabajos anteriores, a los cuales remito para una consideración especial y las referencias bibliográficas: «Santayana en Hispanoamérica», Revista de Occidente, Madrid, 79, diciembre 1987, 9-25. «Babbitt o la nostalgia del orden», Razón Española, Madrid, 48, julio-agosto 1991, 15-42.*

«luces y sombras», España mostraba la alternancia de energía e inercia, de grandeza y decadencia y Don Quijote y Sancho simbolizaban la incapacidad para la lucidez, el buen sentido y el criterio que distinguían, por ejemplo, a Francia y, en lugar del racionalismo, los españoles valoraban la imaginación, que podía llevar al engaño y el desengaño que, afirmaba Babbitt, eran los temas permanentes de su poesía.

El sentido de la dignidad y el sacrificio por la honra se manifestaban en el ánimo caballeresco y medieval con que España había enfrentado los tiempos modernos y rechazado la identificación del yo individual con los intereses de la humanidad. Centrado en su personalidad, desinteresado de los fines comunes y en una actitud dura y sobria hasta la crueldad, el español es impaciente, desorganizado e indisciplinado y ese mismo orgullo le impide llegar al patriotismo, sentimiento que implica aceptar ideales colectivos. El aristocratismo trascendente, por otra parte, era una coartada para justificar la falta de espíritu práctico y habilidad mecánica necesarios para ajustarse a las leyes del tiempo y el espacio.

El impulso renacentista de dominar la naturaleza ha pasado a su lado y el español, refugiado en formas medievales que considera inherentes a la grandeza, prefiere un aislamiento que acepta con fatalismo oriental, pero que, en realidad, es la consecuencia de una religiosidad obscurantista de cuño jesuita que lo desentiende de la educación, la técnica y el progreso. Babbitt supo de la existencia de minorías progresistas donde estaban Galdós y Juan Valera, pero pensaba que la lucha para superar el ideal del *caballero* refugiado en la burocracia y los puestos públicos llevaba al descrédito de sus formas políticas –la monarquía– y preparaba al país para un estallido social en el cual el fanatismo religioso podía convertirse en furia revolucionaria. Reconocía calidades y virtudes pero si no se dominaban los malos instintos no se lograría el orden que exige el buen gobierno.

Aunque fue un crítico del cientificismo y el pragmatismo, en este ensayo Babbitt no va más allá de lo que se repetía en los ambientes norteamericanos donde se justificaba la guerra contra España y sólo repitió los tópicos de la *España negra* difundidos desde el siglo XVI entre los anglosajones, de modo que la publicación del ensayo *Lights and Shades in the Spanish Character* en 1898, año de la guerra, debe inscribirse entre quienes respaldaban la intervención norteamericana en el Caribe⁸.

⁸ *Irving Babbitt: Spanish Character and Other Essays. With a Bibliography of his Publications and an Index to his Collected Works. Ed. Frederick Manchester, Rachel Giese, William Giese, Boston-New York, Houghton Mifflin Co.-The Riverside Press Cambridge, 1940, 1-20.*